

COMPENDIO DE LA VIDA

DEL REY

D. CARLOS III DE ESPAÑA

SEGUNDA PARTE

QUE COMPRENDE DESDE SU LLEGADA Á ESPAÑA
HASTA SU MUERTE



CAPÍTULO PRIMERO

*Desde la llegada del Rey á España (1759)
hasta la paz de 1763.*

Quiso la divina Providencia recompensar el sacrificio que, por todas las razones arriba dichas, había hecho nuestro Monarca, abandonando un reino tan delicioso y que había creado él mismo, y premiar la entera confianza con que hemos visto se había puesto en sus manos, y así, aunque al tiempo de su embarco no se manifestaba el viento favorable, mudó aquella misma noche, y á los cuatro días de haberse separado de sus antiguos dominios, abordó á las costas de su patria, que le esperaba con los brazos abiertos. Desembarcó S. M. y su real familia en Barcelona el 12 de Octubre, antes de que hubiesen aún podido llegar por

tierra varias personas de las que vinieron de Madrid y de otras partes del reino para recibirle.

Mantúvose allí pocos días; pero en ellos dió muestras de su benignidad y benevolencia, restituyendo á los catalanes varios de los privilegios de que habían gozado antes de la rebelión de 1640, los cuales había abolido su augusto padre después de haber tomado la plaza en 1714. El Duque de Béjar, D. Joaquín de Zúñiga, mi cuñado, que estaba á la cabeza de la cámara del Rey, como Sumiller del difunto, se presentó al nuevo Monarca, con quien se ha visto había tenido una larga é íntima correspondencia durante todo el tiempo de la enfermedad de su difunto hermano. S. M., que le conocía personalmente antes de su embarco, lo recibió con las mayores pruebas de cariño y de gratitud por lo bien que se había portado y por su asídua asistencia al Rey Fernando. Para darle una prueba de la entera confianza que tenía en él, le nombró desde luego ayo del Príncipe de Asturias D. Carlos (que hoy reina felizmente bajo el título de IV) y de sus hermanos D. Gabriel, Don Antonio y D. Xavier, de que sólo nos queda desgraciadamente D. Antonio. El Duque reconoció todo el valor de semejante confianza, y hubiera deseado que el estado de su salud le permitiese desempeñarla, como deseaba y podría haberlo hecho en otro tiempo, por sí, por

su instrucción, carácter y prendas naturales. Pero dominado de una melancolía profunda, no podía hacer muchas veces lo que quería y creía necesario. S. M. había traído consigo de Nápoles como Sumiller á D. Joseph Fernández de Miranda, Duque de Losada, que se había embarcado con él en Sevilla, como gentil hombre de cámara, y que nunca se había separado de su persona. Este favorito era digno de un tal Rey, que, si no hubiera sabido serlo sin abusar de su favor, no le hubiera tenido á su lado hasta que murió en El Escorial, en el cuarto inmediato al suyo, que siempre ocupaba, el año 1783. Honrado, noble, franco, verdadero amigo de sus amigos, incapaz de intrigas, de hacer mal ni de hablar mal de nadie, y solícito en alabar y hacer bien á cuantos podía; tal fué, y debía ser necesariamente, el carácter personal del digno y dichoso favorito y del amigo fiel de un *hombre Monarca*, cual lo fué Carlos III. Nada sentía más este Soberano que el que le dejasen, pues decía *que él no abandonaba ni dejaba á nadie, y que así no quería lo dejasen*. Bien lo merecía, pues trataba como hermanos y amigos á los que tenían la honra de servirle, y les cobraba un verdadero cariño, á que era difícil no corresponder. Por esta razón, para conservar á su lado á su amigo Losada en la plaza de Sumiller que tenía en Nápoles, premiando al mismo tiempo al que lo era

en España, buscó S. M. el medio de nombrarle por Ayo de sus hijos, y poniendo en sus manos sus esperanzas y las de todo el reino. También nombró S. M. al Marqués de Squilace por Ministro de Hacienda, cuyo empleo había servido en Nápoles.

Pasó S. M. á Zaragoza, donde le fué preciso detenerse algunos días á causa del sarampión de sus hijos; pero, restablecidos felizmente, continuaron todos su viaje hasta Madrid, donde tuve el honor de recibirlos, en medio de una copiosísima lluvia, la tarde del 9 de Diciembre de 1759, como Alferez de Guardias españolas de la compañía del Marqués de Rosalmonde, que fué la primera que le montó la guardia.

No obstante que sólo tenía entonces diez y siete años, me acuerdo siempre del cuidado con que observé y el efecto que me hizo la mutación de la escena para los que en tiempo del Rey pasado habían tenido favor, como D. Carlos Broschi Farinelo, músico favorito y predominante en tiempo de la Reina Bárbara; D. Baltasar de Enao, balletero, que era medio bufón del Rey; D. Cayetano Obreguz, primer balletero, y D. Pedro Marentes, ayuda de cámara. S. M. los trató muy bien á todos; pero separó de sí con muy buenos sueldos á los primeros, continuando en sus empleos á los otros, que por su probidad y honradez lo merecían mucho. Tam-

bién la habían acreditado siempre los dos primeros, especialmente el primero, cuya probidad y modestia fué constante en su favor, no abusando nunca de él, no obstante de que era todopoderoso con la Reina, que dirigía la voluntad del Rey, y haciendo bien á cuantos pudo. Esto hizo que, con todo lo que debía chocar, y chocaba particularmente, á una nación como la nuestra, amante del decoro, el ver un pobre castrado, condecorado con la Orden militar de Santiago y lleno de poderes, todos sintieron su retiro, y hacían justicia á su probidad. Juntaba á ésta una gratitud que le duró hasta la muerte en su retiro de Bolonia. Yo le ví en él en 72, y comí en su casa de campo con el Duque de Arcos y otros señores españoles que veníamos de Nápoles, donde el Duque había ido á ser padrino, en nombre del Rey, de su nieta Doña María Teresa, primogénita de los Reyes de Nápoles, casada hoy con el Archiduque Francisco, primogénito del Emperador Leopoldo. Tenía entonces Farinelo setenta y tres años; pero, con todo, acabado de comer, se puso al clave y cantó un poco, como podía á su edad, pero sin que se dejase de conocer lo que había sido. Lo poco que tuvo de agradable su canto lo suplió con decirnos después que *lo había hecho sólo por acreditarnos no olvidaría nunca sus principios, y que todo lo debía á la España.*

El Infante D. Luis, hermano del Rey, que, con su madre la Reina viuda, Isabel Farnesio, había venido á Madrid luego que murió el Rey Fernando, se adelantó á Guadalajara á recibir al Rey, con una infinidad de Grandes y Señores de la Corte. La Reina madre vino en su silla de manos á recibir á la Real familia á la segunda sala después del gran salón del Retiro, apeándose en el Casón de madera que da al jardín, en el cual tomaba siempre el coche el Rey Fernando. Sería difícil describir sin debilitarlos los muchos afectos que debería sentir en aquel momento de reunión una madre que, al cabo de veintiocho años de ausencia, se hallaba de nuevo unida á un hijo que había amado siempre tiernamente, y á quien no podía contar probablemente volver á ver en toda su vida; á un hijo que venía á ocupar el trono de su padre, no obstante de haber nacido el tercero y de haber reinado sus dos hermanos mayores, hijos de otro matrimonio; á un hijo que se le presentaba rodeado de una numerosa y hermosísima familia de cuatro hijos y dos hijas, dejando en manos de otro de sus nietos el hermoso reino que la política y esfuerzos de su misma madre había sabido adquirirle. Creo que es difícil, y acaso único, ver reunidas un conjunto de circunstancias semejantes á éstas, sobre todo si se considera la tranquilidad con que, en medio de una guerra casi

general en la Europa, veía esta Soberana coronados sus hijos y nietos en varias partes de ella.

Calmados los justos efectos del cariño filial, acompañaron á S. M. á su cuarto, y el Rey y la Real familia pasaron constantemente todos los días al cuarto de su madre hasta el de su muerte, que fué en Aranjuez en el mes de Julio de 1766.

Empezó desde luego S. M. á dar pruebas de su justicia, de su amor á sus vasallos y de su respeto á la memoria de su augusto padre, y mandó pagar, no sólo sus deudas, sino las de Carlos I y II y Felipe II, III y IV, lo cual se hizo por algunos años. Pensó desde luego en la iluminación, empedrado y limpieza de Madrid, y de la Corte más puerca del mundo hizo la más limpia que se conoce. Todas las inmundicias se arrojaban por las ventanas, de modo que el hedor era insoportable. La plata y el oro se tomaban; las rejas de las calles estaban cubiertas de un sarro infecto. El color y las dentaduras de los hijos de Madrid eran conocidos por los peores en toda España. Esta porquería del suelo, y el continuo peligro de lo que, sin más que decir: *¡Agua va!* (cuando ya caía), arrojaban continuamente por las ventanas, hacía que no podía irse á pie estando vestido, y obligaba el uso de la capa y sombrero gacho ó chambergo, pues aun en los coches solía entrar la basura cuando enfilaba la portezuela, que caía con violencia,

por algunos de los conductos ó canalones de madera, como le sucedió una vez á mi padre, que se vió medio inundado de inmundicia dentro de su mismo coche. A vista de esta descripción, nada exagerada, todos creerán que el pensamiento de limpiar á Madrid de esta inmundicia había de hallar un apoyo general en sus habitantes. Pero no fué así, pues no sólo los cerdos (especialmente los de San Antón, por privilegio particular), que andaban por muchas calles, se mantenían con ella, sino que muchas personas, que no permitirían se lo llamasen, se aprovechaban de lo que se pagaba para su limpieza (1). De aquí resultaba que, siempre que se había intentado la limpieza radical de Madrid, los inconvenientes de todas clases lo habían impedido. Llegó esto á tanto, que, en tiempo de uno de los Felipes, hicieron los médicos una consulta, diciendo que el aire de Madrid era tan sutil, que si no se impregnaba en aquella inmundicia, causaría los mayores estragos. Esta consulta se le presentó al Marqués de Squilace, encargado de esta empresa, entre la infinidad de obstáculos que se le pusieron contra ella. Llevóla el Marqués al Rey, y S. M. le dió una respuesta digna de su talento y conocimiento de los hombres. Díjole: «Me alegro me hayas traído

(1) Nota primera sobre la limpieza de Madrid.

este papel, pues con él se acaba todo. A la verdad, no es posible que se me dé una razón más poderosa para que yo desista de mi intento que el ser contrario á la salud pública. Ahora pues, disponlo todo luego, luego, para que se limpie Madrid por medio de los conductos y demás arbitrios determinados. Manda que se haga uso de ellos, y en el primer momento en que yo vea verificado lo que dicen los médicos antiguos, en mandando volver á arrojar las inmundicias por las ventanas, con una firma, doy mi palabra de que se remediará todo el mal.» La obra se hizo; la salud de las generaciones actuales y futuras ha ganado en ello, y los que conocieron el antiguo Madrid y el actual no cesan de bendecir el Soberano que ha sabido extender sus beneficios á todos los siglos venideros, y dar á las preocupaciones inventadas por la maldad é intereses particulares el verdadero valor que se merecen, haciendo patente su falsedad maliciosa.

Hechos todos los preparativos necesarios para la entrada pública del nuevo Monarca, se verificó ésta el 13 de Julio de 1760, con toda la magnificencia correspondiente. Se dirigieron SS. MM. en público á la iglesia de Santa María de Atocha. Al día siguiente hubo fiesta de toros en la Plaza Mayor, á que asistió la Real familia, y S. M. hizo una numerosa promoción de marina y ejército y otras gracias, y perdonó más de cua-